

# Las revoluciones latinoamericanas del siglo xx: Tras las huellas del pasado\*

The Latin American revolutions of the twentieth century: In the footsteps of the past.

*Roberto González Arana*

**Resumen:** Este artículo se propone analizar las similitudes y diferencias entre los procesos revolucionarios en tres países latinoamericanos. Al cumplirse cincuenta años del inicio de la Revolución Cubana, treinta años del triunfo de la llamada Revolución Sandinista en Nicaragua y un siglo de la Revolución Agrarista en México, resulta oportuno identificar las particularidades de cada proceso.

**Palabras Clave:**

Revolución, dictaduras, Latinoamérica, luchas campesinas, guerra fría.

**Abstract:** This article aims at analyzing the similarities and differences in the revolutionary processes of three Latin American countries. Fifty years after the beginning of the Cuban Revolution, thirty since the beginning of the so called Sandinista Revolution and a century since the Mexican Agrarian Revolution, it is an appropriate time to identify the particularities of each process.

**Keywords:** Revolution, Latin America, Peasant Struggles, Cold war.

Las causas de las revoluciones mexicana, cubana y nicaragüense están íntimamente relacionadas con las insostenibles condiciones económicas, sociales y políticas propiciadas en estos países por las dictaduras de Porfirio Díaz, Fulgencio Batista y los Somoza, que convalidaron el establecimiento y/o consolidación de regímenes de dominación subordinados al capital extranjero.

En los tres casos la respectiva crisis nacional se inició, como generalmente ocurre cuando existe una situación revolucionaria, como un conflicto interno de la clase dominante de la sociedad en sus disputas por el poder, el cual allanó el camino a la insurrección popular.

En particular el estallido de la Revolución en México demostró que este país era, en el contexto latinoamericano de principios del siglo XX, donde más agudos se manifestaban los enfrentamientos clasistas y con más fuerza se expresaban las contradicciones nacionales con el capital extranjero. Por su parte, Cuba era

\* Recibido: Noviembre 16 de 2008 Aprobado: Diciembre 15 de 2008.

probablemente en la década de los cincuenta el estado latinoamericano más orgánicamente vinculado y dependiente de los Estados Unidos. Nicaragua, por un lado, no se escapaba a la esfera de influencia norteamericana en la región.

Por supuesto, cada una de estas revoluciones se desarrolló en contextos históricos mundiales muy diferentes. La época de desenlace de la Revolución Mexicana, la primera mitad del siglo correspondió a los años entre las dos guerras mundiales, periodo caracterizado por el agravamiento de la confrontación entre las potencias, por el dominio de los mercados, las fuentes de materias primas y zonas de influencia, en medio de una gran expansión del capital y 1as inversiones, junto al despertar de las luchas revolucionarias, inspiradas por la extraordinaria difusión del pensamiento socialista en particular después del triunfo de la Revolución Rusa. En cambio, la Revolución Cubana que ya cumple 50 años, se desarrolló en lo fundamental durante la segunda mitad del siglo XX, en una etapa en que Estados Unidos ya había impuesto prácticamente su hegemonía en todo el Planeta, primero en el marco de la "guerra fría" con la Unión Soviética (URSS) y tras la desaparición de este país como resultado de la crisis del socialismo real, en un mundo unipolar, dominado por la globalización neoliberal. Finalmente, a la Revolución Sandinista en Nicaragua le correspondió sortear la crisis de los años ochenta y también la caída del bloque socialista, a la cual sobrevivió sólo inicialmente.

Al margen de diferencias geográficas, étnicas, demográficas y temporales, México, Cuba y Nicaragua presentan similitudes en el dramático panorama social, económico y político prerrevolucionario que hizo insostenible la prolongación de las difíciles condiciones existentes y condujo al estallido de sus respectivas revoluciones. Aunque la agricultura cubana era más capitalizada —predominaban las plantaciones y estaban más extendidas las relaciones de tipo burgués- y esta nación tenía una estructura mucho más "moderna", así como era más homogénea e integrada, los tres países tenían vínculos íntimos con Estados Unidos, que controlaba los resortes fundamentales de sus respectivas economías. Tanto en México como en Cuba y Nicaragua el capital norteamericano se había apoderado de recursos naturales básicos, aunque en el caso mexicano ese proceso se había desarrollado en una lucha intensa con sus rivales ingleses y alemanes, a diferencia de la Mayor de las Antillas y la nación centroamericana, dominadas ambas de manera prácticamente absoluta por los monopolios de Estados Unidos.

El triunfo de estas revoluciones estuvo directamente relacionado con la urgencia de dar solución a asfixiantes problemas nacionales y sociales que con el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas, aun cuando paradójicamente los adelantos técnicos —como el ferrocarril en México y la televisión en Cuba- sirvieran de vehículos para acelerar, extender y consolidar los respectivos procesos revolucionarios.

En la historia de estas tres naciones latinoamericanas se habían registrado intervenciones militares y despojos territoriales por parte de la gran potencia vecina, Estados Unidos, pues México sufrió la guerra de 1847 —que le costó la pérdida de Texas, Nuevo México y California-, Nicaragua fue agredida por

el filibustero William Walker, a mitad del siglo XIX con la complacencia de Washington, y la injerencia norteamericana en la guerra de independencia de Cuba (1898), trajo aparejada la ocupación permanente de la Bahía de Guantánamo y la obligada inserción en su primera Constitución (1901) de la Enmienda Platt, vigente hasta 1934, que convertía de hecho a la isla en un protectorado. Estos sucesos contribuyeron a generar en estos países una acendrada conciencia nacionalista de matriz antinorteamericana, mucho más arraigada que en el resto del Hemisferio. No por casualidad, las acciones de Villa y Zapata en México, Sandino en Nicaragua y Antonio Guiterras en Cuba tuvieron tanta resonancia más allá de sus fronteras.

Otra semejanza que puede encontrarse en la historia prerrevolucionaria de estos países fue la existencia de dictaduras sanguinarias -Díaz y, sobre todo, Victoriano Huerta en México, la familia Somoza en Nicaragua y Fulgencio Batista en Cuba-, que levantaron vastos movimientos opositores devenidos en revoluciones auténticamente populares. En todas participó de manera muy activa el campesinado --entendido en un sentido amplio como los habitantes oprimidos y subalternos del mundo rural- aliados a otros grupos y clases sociales como los obreros, los empleados, los intelectuales, los pequeños propietarios y los diferentes sectores de las clases altas.

Estos grupos sociales heterogéneos fueron movilizados por programas y consignas democráticas y nacionalistas, que incluían sensibles reivindicaciones sociales. No obstante, los documentos primigenios de la Revolución Cubana (*La Historia me absolverá* y el *Manifiesto número 1 del Movimiento 26 de Julio*) tenían muy bien definidos sus contornos sociales y económicos, así como también *la Plataforma de lucha del Frente Sandinista de Liberación en Nicaragua* o el *Manifiesto del Grupo de los Doce*, lo que no sucedió con los programas de la Revolución Mexicana (Plan de San Luis Potosí y Plan de Guadalupe), aun cuando en el transcurso de este proceso se proclamaran otros más radicales y concretos, el Plan de la Empacadora, las Adiciones al Plan de Guadalupe y, sobre todo, el Plan de Ayala.

Entre las causas de las tres revoluciones, además de la democratización del represivo régimen político que fue la primera motivación del levantamiento armado -tras fracasar la búsqueda de una salida electoral o concertada-, figuraban toda una mezcla de reivindicaciones agrarias, viejos agravios contra el gobierno, sus instituciones y los capitalistas foráneos, así como la esperanza de restablecer el régimen de derecho. Esos sentimientos y aspiraciones fueron volcados en un imaginario más o menos común impulsado por los revolucionarios con el fin de establecer un nuevo orden y superar el deteriorado *ancien régime*.

La participación popular en la Revolución, tanto en México como en Cuba y Nicaragua, no se dio sólo por ideales abstractos, sino por intereses materiales bien concretos, que dieran respuesta a las necesidades vitales de la población.

En estos procesos se descubren las razones que hicieron posible la Revolución en la coyuntura política represiva que propició que el descontento empujara

a amplios sectores de la sociedad a la lucha por el poder. En pocas palabras, sus causas tenían que ver con las insoportables condiciones existentes. Ese hecho incuestionable no puede opacar de todos modos la importancia de las motivaciones exclusivamente políticas, ideológicas y la propia mentalidad surgida en una época de crisis.

En México la Revolución atravesó después de la caída de la dictadura de Díaz por una fase moderada que llevó a Madero al gobierno, el cual no tardaría en abortar como resultado de sus inconsecuencias y el fracaso de todos los intentos de conciliación. El creciente radicalismo que se apreció después con el levantamiento popular contra la dictadura de Huerta, es decir, desde el inicio de la segunda etapa de la Revolución Mexicana, fue en gran medida resultado del éxito obtenido por el ejército y la élite tradicional al deponer a la dirigencia revolucionaria moderada que representaban Madero y sus seguidores.

En el caso de Cuba este proceso sólo se manifestó claramente tras el derrocamiento de la dictadura batistiana y se vio compulsado por la presión de los Estados Unidos, que sin quererlo facilitó la profundización de la revolución y su paso a la fase socialista.

De manera semejante, en Nicaragua la arremetida norteamericana a través del apoyo y financiación a la contrarrevolución tuvo como consecuencia la progresiva radicalización del régimen sandinista como respuesta ante la agresión externa. Esto no significa por supuesto que no hallemos evidentes diferencias en el ritmo y rumbo de cada revolución pues en Nicaragua, por ejemplo, la dirigencia revolucionaria, con una visión menos ortodoxa, escogió un camino menos radical que el de Cuba, precisamente para no aislarse del mundo capitalista y ser bloqueada como le sucedió a la isla.

El odio de clase, la violencia de "los de abajo" contra el sistema de dominación local, sin duda fue un fenómeno más palpable en México que en Cuba y Nicaragua, durante la fase armada. Ello se relaciona con el hecho de que en aquel país, quizás más claramente que en los otros dos casos, las masas populares acudieron a la Revolución sólo como consecuencia de la desesperación por sus terribles condiciones de existencia. Durante la Revolución Mexicana, que en muchas localidades adquirió el aspecto de una verdadera *jacquerie* -o sea, airadas rebeliones campesinas que atacaban al amo y su familia por el odio acumulado durante generaciones y que no estaban dirigidas a transformar la naturaleza de las estructuras sociales o políticas vigentes-, se produjeron frecuentes asaltos de haciendas, asesinatos, pillajes, secuestros, confiscaciones, y todo tipo de actos vandálicos -incluyendo la ejecución de prisioneros-, que no tuvieron equivalentes en Cuba ni en Nicaragua. En la Mayor de las Antillas, la ira popular, controlada al principio por las propias organizaciones armadas y luego por el emergente Gobierno Revolucionario, se expresó una vez tomado el poder en un ordenado ajuste de cuentas a los criminales de guerra primero, y mediante la confiscación de la clase dominante y del capital extranjero después. En Nicaragua por su parte, la atención del nuevo régimen se centró en las expropiaciones y en perseguir

únicamente a los grupos aliados incondicionales de la dictadura depuesta y por tanto, al resto de los hacendados, empresarios y clases medias se les incluyó en los planes de construir un modelo pluralista y de economía mixta.

En los tres casos, pero con mayor énfasis en México y Cuba, los revolucionarios radicales exigieron y finalmente lograron la destrucción del estado tradicional, es decir, el viejo ejército y la policía, el desprestigiado aparato burocrático y judicial, incluidas las administraciones locales. Pero en México las vacilaciones iniciales para acabar de raíz con todas las parcelas de poder del antiguo régimen (acuerdos de Ciudad Juárez) condujeron al golpe de Estado de Huerta y a un nuevo levantamiento armado que esta vez aniquilaría sin contemplaciones todos los obsoletos órganos del estado porfirista. Además, en México la fase radical de la Revolución, iniciada con la rebelión constitucionalista, fue mucho más sangrienta y violenta que sus etapas moderadas, y los bandos revolucionarios combatieron entre sí, a veces de manera más cruenta que contra los partidarios del antiguo régimen, tal como ocurrió en el periodo posterior al derrocamiento de la dictadura de Huerta y aún mucho después, en los años veinte.

Nada de eso sucedió en Cuba, donde el enfrentamiento entre los revolucionarios nunca *alcanzó* semejantes extremos ni tuvo esas manifestaciones sangrientas como tampoco generó la inestabilidad política que caracterizó al proceso mexicano. Al respecto, en Nicaragua sí hallamos una década de Revolución empañada por los enfrentamientos entre el nuevo gobierno y la oposición armada (la Contra) y la resistencia civil de los círculos empresariales y la Iglesia.

En la Mayor de las Antillas, la violencia contra los revolucionarios que dejaban de serlo y se ponían al lado de la contrarrevolución sólo fue ejercida después de 1959, en un proceso cuestionado pero apegado al derecho, aunque no por ello ajeno a las campañas internacionales, fundamentalmente de Estados Unidos, como se observó desde los primeros momentos con los juicios efectuados a los criminales y torturadores de la dictadura depuesta.

Por regla general, las revoluciones son dramáticas porque ellas proceden de una situación verdaderamente terrible. En los procesos sobre los cuales nos ocupamos, las masas populares apoyaron decididamente la violencia revolucionaria en nombre de la justa transformación del régimen social, aunque resulta más difícil precisar hasta qué grado toda la tragedia generada estaba justificada a los ojos del pueblo, máxime tomando en consideración los excesos a que se llegó en México, sobre todo, durante la fase armada de la Revolución.

Sin duda el papel de los campesinos en la Revolución Mexicana fue mucho más determinante que en Cuba y Nicaragua y se manifestó de forma más compleja, pues este sector cambió en México repetidas veces de bando motivado por las particularidades de una estructura agraria con marcadas diferencias regionales.

Si bien en la Revolución cubana y nicaragüense la participación campesina no tuvo la misma connotación ni envergadura que la mexicana, su papel fue

también decisivo, sobre todo en los primeros momentos de la lucha armada, constituyendo también aquí un elemento vital en la posterior consolidación de la revolución.

El factor externo, esto es, la influencia de las grandes potencias, tuvo un peso fundamental en el desencadenamiento, el desarrollo e incluso determinó directamente las propias etapas de las tres revoluciones y sus respectivos puntos de inflexión. A pesar de la importancia que tuvo la intervención extranjera, fundamentalmente de Estados Unidos, en México, que propició el derrocamiento y asesinato de un presidente (Madero) y dos invasiones armadas (1914 y 1917), así como la ulterior y permanente presión diplomática a los gobiernos sucesivos, desde Carranza a Cárdenas, en Cuba y Nicaragua su influencia fue aún más determinante y se ha revelado de manera permanente y profunda. Prueba de ello es que el enfrentamiento con los Estados Unidos marcó completamente el derrotero de la Revolución sandinista en Nicaragua y en Cuba aún se mantiene latente. De todos modos, la presión norteamericana contribuyó a frenar, acelerar o intentar desviar el curso de la Revolución, tanto en México como en Cuba y Nicaragua.

Las contradicciones con el capital extranjero en los tres países tuvieron gran importancia en el destino de estas revoluciones y ello estuvo relacionado con la adopción de sus respectivas reformas agrarias, aunque en los casos de México y Cuba el conflicto se precipitó por el problema surgido con los hidrocarburos: en México a partir de la expropiación petrolera dispuesta por Lázaro Cárdenas y en Cuba por la negativa de los mismos monopolios ingleses y norteamericanas a refinar el carburante soviético y que llevaron a la confiscación de esa industria, abriendo un conflicto con Estados Unidos que se iría profundizando y agravando al ritmo de la propia radicalización de la Revolución cubana. A diferencia de México, donde la expropiación petrolera marcó el fin de las transformaciones y de hecho la culminación de la Revolución, en Cuba ella fue sólo el comienzo de nuevas confiscaciones y del tránsito a la fase socialista.

Las nacionalizaciones de las propiedades extranjeras de 1938 en México y de 1960 en Cuba se dieron en medio de un amplio respaldo y entusiasmo populares y provocaron casi idénticos entierros simbólicos de los monopolios foráneos en actos multitudinarios. Las potencias afectadas por las expropiaciones impusieron sanciones y bloqueos a México y Cuba -aunque el primero se vio más perjudicado por las represalias inglesas y el segundo por las norteamericanas- que desencadenaron en ambos países amplios movimientos de masas en respaldo a sus revoluciones y de solución a los problemas creados por la falta de refacciones importadas.

La llamada *tercera vía* escogida por la Revolución en Nicaragua hizo posible, en contraste, que las relaciones con el mundo capitalista se mantuvieran relativamente estables durante los primeros años (1979-1983), por lo menos hasta tanto el *fantasma de la guerra* no empañara la estabilidad del país, pues es sabido que a medida que el conflicto con la contrarrevolución se hizo más fuerte, la Revolución Sandinista a su vez fue cediendo el terreno a medidas restrictivas en contra del capital privado y a los gremios patronales que los representaban.

En el caso cubano, aunque Estados Unidos no llegó a invadir militarmente la isla, como había ocurrido en México durante la fase armada de la Revolución, su intervención indirecta llegó mucho más lejos y sus consecuencias fueron más profundas, lacerantes y constantes, al grado que aún no han terminado. En Cuba la injerencia norteamericana se expresó mediante un prolongado bloqueo económico, que posteriormente fue recrudecido (Leyes Torricelli y Helms Burton -y todavía se mantiene-, armando y financiando directamente a la contrarrevolución -de lo que fueron ejemplos la invasión por Playa Girón o las bandas de alzados en el Escambray- incluyendo planes de asesinato contra los propios dirigentes revolucionarios. Además, en este caso el conflicto con Cuba llevó al mundo al borde de una conflagración nuclear (Crisis de Octubre de 1962). En Nicaragua, la intervención norteamericana fue de tal envergadura que el gobierno sandinista ganó a fines de los años ochenta una demanda ante la Corte Internacional de La Haya en la que se condenaba a los Estados Unidos a pagar una millonada indemnización por su intromisión ilegal en los asuntos de este país centroamericano por medio del abierto respaldo a la contrarrevolución.

Para sobrevivir al acoso de Londres y Washington, México debió buscar nuevos mercados, lo que explica sus ventas de petróleo a gobiernos fascistas, aunque el estallido de la Segunda Guerra Mundial creó una coyuntura favorable para garantizar las conquistas del cardenismo, que debieron ser aceptadas finalmente por Inglaterra y Estados Unidos. En Cuba la Revolución, ante la abierta hostilidad norteamericana, encontró asidero en el comercio y la ayuda de la Unión Soviética y demás países socialistas, lo que le permitió soportar la presión de Estados Unidos hasta la crisis del socialismo, cuando se creó un escenario internacional mucho más adverso, al que ha debido readaptarse a costa de grandes sacrificios.

En este paralelo resalta que la política norteamericana ha estado gravitando de manera constante en todos los acontecimientos de estas tres revoluciones, aunque en México su postura fue mucho más ambivalente que en Cuba y Nicaragua, donde casi desde el mismo comienzo intentó aplastarlas con todos los medios a su alcance. Ello se podría explicar partiendo del contexto histórico mundial de estas últimas, surgidas en el periodo de la "guerra fría", cuando la obsesión de los gobernantes norteamericanos se enfilaba a impedir la extensión del campo contrario. No obstante, tras la desaparición de la Unión Soviética no ha llevado a un mejoramiento sustancial de las relaciones de Estados Unidos con Cuba. Se espera que el gobierno de Barack Obama propicie una nueva era en las relaciones bilaterales. El cierre de la Cárcel de Guantánamo parece ser un gesto esperanzador en este sentido.

En contraste para el caso de México, durante largo tiempo Estados Unidos se alineó de hecho con los revolucionarios y cuando se volvió contra ellos, lo hizo de un modo más suave que en el caso de la Revolución cubana o la nicaragüense, en correspondencia con el mayor desafío que éstas representaron a sus intereses económicos y estratégicos. La injerencia estadounidense en México fue más limitada que contra Cuba y Nicaragua y, por tanto, sus consecuencias fueron relativamente menores sobre el curso de la Revolución.

En la dinámica contrarrevolucionaria existen también grandes diferencias entre las tres revoluciones. Mientras en la mexicana la reacción logró alcanzar momentáneamente el poder con el golpe reaccionario de Huerta, después su resistencia fue más local y se manifestó a través de grupos regionales, salvo el dramático periodo de la Guerra Cristera, de carácter religioso. En Cuba la contrarrevolución militar fracasó por completo y no logró consolidarse, ni siquiera momentáneamente como una alternativa de poder -aunque sus fuerzas alcanzaron cierta envergadura a principios de los sesenta en la región central de la isla-, a pesar de contar con un poderoso aliado externo (Estados Unidos), y su resistencia armada fue pronto aplastada. Para el caso de Nicaragua, aunque la oposición no logró imponerse por la vía armada sí lo consiguió en las elecciones de 1990, obligando al Frente Sandinista a abandonar el poder. Por tanto, esta victoria no fue propiamente militar, pues pese a su hostigamiento no consiguió derrocar violentamente a la Revolución. Hoy, a casi 30 años del triunfo de la revolución nicaragüense en 1979 poco queda del sandinismo y de los logros que en su momento obtuvo para el país. El otrora líder revolucionario Daniel Ortega ha liderado pactos con tirios y troyanos para llegar al poder y para mantenerse en él.

En las tres revoluciones la Iglesia Católica jugó un papel contrarrevolucionario, aunque en México el conflicto con esta institución fue más agudo y condujo al cierre de templos, a persecuciones religiosas y generó incluso un masivo levantamiento armado fanático: la guerra cristera. En Cuba, en cambio, las iglesias han funcionado sin interrupción a todo lo largo de la Revolución, aun cuando desde el principio fuera establecida como obligatoria la educación laica y pública, expropiadas las escuelas religiosas y expulsados del país la mayoría de los sacerdotes católicos extranjeros. En Nicaragua conviene hacer una distinción, pues la Iglesia Católica como tal se dividió entre los partidarios de los postulados de la Teología de la Liberación y los representantes de la línea oficial. Los primeros, a través de las comunidades de base apoyaron decididamente la lucha antidictatorial e incluso llegaron al poder con sacerdotes que desempeñaron puestos importantes en el gobierno sandinista (Ernesto y Fernando Cardenal, Miguel D'Escoto), mientras la Iglesia se alineaba al lado de la contrarrevolución.

Otra diferencia significativa está relacionada con el destino de la clase dominante tradicional. En Cuba, la élite anterior a la Revolución fue completamente eliminada en términos socio-clasistas y, físicamente, tuvo que marcharse del país. Pero la pérdida de poder político y económico de la vieja clase dominante no se produjo en la fase armada de la Revolución, sino después del triunfo, cuando fue completamente expropiada y debió exiliarse como resultado del rumbo socialista. Para el caso de Nicaragua asimismo las clases dominantes fueron alejándose del país una vez iniciado el nuevo régimen, aunque como no fueron perseguidas ni expropiadas, su respuesta ante la revolución fue convivir con ellas y buscar todos los medios para sacar del poder al sandinismo. Con acciones como la fuga de capitales o la inversión de los préstamos del gobierno en función de sus propios intereses contribuyeron a debilitar las bases del proceso de reconstrucción del país y contrariaron el anhelo del nuevo gobierno de convertirlas en una *burguesía patriótica*, esto es, a favor de la Revolución.



En México la mayor parte de la clase dominante prerrevolucionaria sobrevivió, aunque sufrió en el proceso una transformación. La élite industrial y urbana mexicana no fue muy afectada en la contienda armada, pero los terratenientes salieron de ella bastante debilitados. A diferencia de lo ocurrido en Cuba, casi todos los hacendados mexicanos lograron sacar del país buena parte de su fortuna, lo que no quiere decir que la Revolución no les perjudicara. Aunque muchos pudieron recuperar el control de sus haciendas, otros perdieron sus propiedades a manos de los campesinos sublevados -especialmente en Morelos- o tuvieron que compartir con la nueva élite revolucionaria no sólo el poder, sino también sus fuentes de enriquecimiento. Además los hacendados se quedaron sin gran parte de su tradicional poder político que pasó a la élite emergente y a los grupos campesinos, organizados en muchas partes de México. No obstante, la muy debilitada clase terrateniente terminó expropiada masivamente durante el cardenismo.

La élite extranjera europea salió también muy afectada con la contienda, por lo que los norteamericanos lograron una supremacía en México que nunca antes habían tenido. Pero las empresas pequeñas y medianas de Estados Unidos no lograron sobrevivir a las consecuencias de la Revolución y, en su mayoría, debieron ceder el espacio a los grandes consorcios de su propio país, que dominarían en adelante la escena económica de México como nunca antes.

En ninguna de las tres naciones se produjeron ejecuciones masivas de los miembros de la vieja clase dominante como ocurrió en otras partes, aunque se utilizaron las propiedades de la élite saliente para financiar la Revolución en procesos bien diferentes, pues en México ello se produjo a lo largo de la fase armada, y en Cuba y Nicaragua, después del triunfo sobre la dictadura. No obstante, la Revolución cubana, en la convulsión social que generó, terminó alejando a otros sectores sociales del proceso de cambios, no sólo a las procedentes de la élite tradicional, lo que no se manifestó en México con la misma virulencia. Aquí la emigración masiva a Estados Unidos estaría motivada por factores económicos y se nutriría mayoritariamente de los estratos más pobres de la sociedad.

En La Habana, ni en ninguna otra parte del territorio cubano ni tampoco en Managua se produjo, tras la huida de Batista o Somoza respectivamente, nada parecido al terror desatado en la ciudad de México después de la caída de la dictadura de Huerta, cuando fueron ejecutados no sólo miembros de la vieja clase gobernante sino también disidentes revolucionarios. No obstante la violencia revolucionaria tuvo aquí una duración relativamente menor que en Cuba, donde fue ejercida por un tiempo más prolongado por el Estado para salvaguardar las conquistas de la Revolución.

Como resultado de la Revolución tanto en México como en Cuba y Nicaragua, no sólo desapareció la élite política, sino también toda la estructura de poder y el viejo ejército. Los jueces, los jefes políticos y las fuerzas militares del periodo de Díaz dejaron de existir para siempre tras la huida de Huerta, lo mismo que sucedió en Cuba con los funcionarios judiciales y estatales del régimen de Batista.

En el caso mexicano fueron reemplazados por autoridades locales, que a menudo se negaban a someterse al control central, y por un enorme ejército, que solía responder ante todo a los caudillos regionales, abriendo por tanto un periodo de inestabilidad política hasta que Cárdenas logró imponer la autoridad central y reconstruir un Estado fuerte. En el caso cubano no ocurrió nada parecido, pues el Gobierno Revolucionario mantuvo firmemente el poder del Estado. En Nicaragua, la élite económica tradicional convivió con la Revolución y al final fue la gestora, en apoyo con los Estados Unidos, de la derrota sandinista en 1990.

La Revolución Mexicana, la Revolución Cubana y la Revolución Sandinista en Nicaragua generaron un nuevo orden jurídico. La adopción de la Constitución de 1917, como resultado de los debates en la convención de Querétaro de las distintas tendencias del movimiento revolucionario mexicano, facilitó la terminación de la fase armada y la imposición de los seguidores de Carranza. Pero esta carta magna más que un compendio de los logros de la Revolución, era todo un programa de luchas para el porvenir, sólo conseguido en parte durante el gobierno de Cárdenas. En cambio el proceso de institucionalización en Cuba fue mucho más dilatado, pues la nueva ley fundamental sólo fue adoptada en 1976 y, a diferencia de la mexicana, no recogía un programa de objetivos sino las principales conquistas conseguidas por la Revolución. En Nicaragua, la Constitución de 1986 asimismo sentó las bases de un nuevo orden político.

También la integración de un partido de la Revolución, y la imposición de su supremacía sobre las restantes fuerzas políticas, fue un proceso mucho más lento y accidentado en México que en Cuba, pues aquí desde muy temprano se logró la coordinación de las principales organizaciones revolucionarias, que finalmente quedaron vertebradas primero en el Partido Unido de la Revolución Socialista (PURS) y después en el Partido Comunista de Cuba (PCC). En México ese proceso sólo comenzó a fines de los años veinte con la creación por Calles del Partido Nacional Revolucionario (PNR), transformado por Cárdenas en el Partido de la Revolución Mexicana (PRM) y convertido finalmente en el Partido Revolucionario Institucional (PRI), que estaría en el poder en el país por el resto del siglo XX. En el caso de Nicaragua este proceso se manifestó al interior del Frente Sandinista con la integración de sus tres tendencias ("guerra popular prolongada", "proletaria" y la "insurreccional") en marzo de 1979, lo que fue un factor que facilitó el triunfo sobre la dictadura somocista y la posterior consolidación de la Revolución.

En los tres casos se hace difícil determinar objetivamente la clase social que realmente encabezó la Revolución, aunque pudiera hablarse en sentido general de una fracción de las élites urbanas instruidas y de representantes de los trabajadores, embrión de los nuevos grupos dominantes que se harían del poder tras el triunfo. La hegemonía de una clase o grupo a menudo se advierte sólo después de la victoria, pues durante su transcurso es usual que transite de un sector a otro muy rápidamente.

Sin duda en México la pérdida del poder por la clase terrateniente fue uno de los frutos inmediatos de la Revolución, aunque la hegemonía en ese proceso estuvo

desde el comienzo en manos de sectores emergentes de las capas medias y la burguesía nacional, aun cuando momentáneamente pasara a los representantes del campesinado, como sucedió durante el apogeo de la Convención de Aguascalientes y la ocupación de la capital por las fuerzas villistas y zapatistas. En Nicaragua el poder se compartió durante los dos primeros años en la Junta de Gobierno de Reconstrucción Nacional, aunque en la práctica esta luna de miel entre los sandinistas y las élites, no tardó en fracturarse pues evidentemente cada grupo tenía sus intereses contrarios. A partir de 1984 con el triunfo electoral del sandinismo, éstos legitimarían su predominio como la vanguardia de la Revolución. En Cuba los terratenientes y la burguesía perdieron el poder después de la caída de la dictadura el 1 de enero de 1959, pero la hegemonía en la Revolución estuvo siempre en manos de los sectores radicalizados de las capas medias y la intelectualidad, la clase obrera y los campesinos.

Las revoluciones por lo general siguen un desarrollo ondulatorio y la práctica enseña que en su camino son inevitables determinados virajes. La actividad y el entusiasmo de las masas que hacen la Revolución no pueden sostenerse en un mismo nivel indefinidamente. Si el factor subjetivo no ha madurado lo suficiente, si los dirigentes revolucionarios no son capaces de orientar la energía popular a la solución de nuevas tareas, ni corregir la dirección de su movimiento, entonces, las caídas, los retrocesos, las interrupciones en el desarrollo de la Revolución pueden convertirse en parálisis y llevarla a su fin e incluso a la derrota.

En el caso de México ello se comprueba en la incapacidad de Villa y Zapata para consolidar un poder independiente en la ciudad de México en diciembre de 1914, mientras que en Cuba el liderazgo de Fidel Castro -quien se hallaba a la cabeza de un mismo equipo de hombres a los que había dirigido durante toda la fase armada- ha permitido una constante renovación de la Revolución en lucha consciente contra la merma del entusiasmo popular. De ahí la importancia de la personalidad en la historia, de quien a veces puede depender el propio curso, ascendente o descendente, de la Revolución, muestra de lo cual volvió a confirmarse en México durante la presidencia de Lázaro Cárdenas, cuando la Revolución mexicana no sólo se reactivó y profundizó, sino que alcanzó su cima.

En este sentido la Revolución Cubana, a diferencia de los vaivenes y el violento relevo de liderazgos que caracterizaron a la de México, se manifestó como una Revolución ascendente, como expresión de la conjunción óptima de conducción revolucionaria y movimiento popular, algo sin paralelo en otros procesos revolucionarios.

Uno de los dramas de las revoluciones de México y Nicaragua consistió en que como resultado de su triunfo, las masas recibieron algo completamente diferente a aquello que buscaban consciente o inconscientemente. Por ejemplo, el campesinado aspiraba a liquidar la propiedad latifundista y mejorar sus condiciones de vida y eso sólo se logró en forma parcial durante el mandato de Cárdenas. En Nicaragua, asimismo, los diversos repartos agrarios llevados adelante por los sandinistas no lograron satisfacer las expectativas de los campesinos,

pues ellos no entendieron, ni le perdonaron al gobierno revolucionario que siguieran existiendo los grandes latifundios si la razón de ser de la Revolución era restituirle al pueblo sus derechos conculcados. Tanto fue así que para una parte del campesinado había llegado la hora de disfrutar de sus vacaciones históricas, y para ello el gobierno debía escucharlos más. Por el contrario, en Cuba la Revolución fue mucho más lejos de lo que habían sido sus objetivos iniciales y las propias demandas populares.

Estas revoluciones impusieron un cambio de mentalidad y dejaron su impronta a nivel continental. La Revolución mexicana produjo un gran impacto en América Latina con sus consignas agraristas y de reivindicación nacional primero y la reforma agraria y la nacionalización del petróleo después, concitando grandes expectativas en el hemisferio y una ola de solidaridad y de sentimientos revolucionarios en vastos sectores populares. Al calor de la Revolución se fundó en México la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA), una organización de pretensión continental, en cuyo programa inicial aparecía muy claramente la huella del imaginario mexicano, lo mismo que puede decirse de la gesta de Sandino en Nicaragua y de otros movimientos del periodo, entre ellos las luchas estudiantiles (Reforma de Córdoba), la fundación de ligas antiimperialistas, etc. Además, varios otros procesos latinoamericanos de la primera mitad del siglo XX fueron marcados directamente por la impronta de la Revolución Mexicana, como pudo advertirse en la propia Cuba a fines de los años treinta y en la Constitución adoptada en la isla en 1940.

También la influencia de la Revolución mexicana se hizo palpable en otros planos. El reconocimiento del elemento mestizo e indígena como componente esencial en la formación nacional impregnó diferentes manifestaciones de la cultura, expresión de lo cual fue el muralismo mexicano, e impulsó también novedosas investigaciones etnológicas, encaminadas al conocimiento de las preteridas poblaciones autóctonas del hemisferio. Gracias al impulso indirecto del proceso revolucionario de México, a fines de los años veinte y principios de los treinta, se comenzó a desarrollar en América Latina la novelística social, que enfatizó en la crítica social o de protesta. Una muestra de ello fue el creciente interés por reflejar en la literatura los problemas nacionales y particularmente el tema de la explotación del campesinado. Las campañas educativas masivas, particularmente las impulsadas por Vasconcelos al frente de la Secretaría de Educación Pública de México, quedaron como referentes que luego fueron imitados en muchos otros países latinoamericanos.

Por su parte, la Revolución Cubana abrió una nueva fase de la historia latinoamericana que se manifestó mediante una sucesión de explosiones de masas que abatieron dictaduras y gobiernos tiránicos, propiciando primero en muchos lugares un retorno a los gobiernos democráticos y después a intentar repetir la exitosa fórmula guerrillera de la Sierra Maestra para establecer el socialismo. De este modo se desencadenó una oleada de luchas revolucionarias que estremeció al continente del Río Bravo a la Patagonia, desde principios de los años sesenta.

La Revolución Sandinista en Nicaragua también marcó a una generación en el continente que había soñado con el triunfo de una nueva vía hacia la construcción de un tipo de Estado más pluralista, participativo y verdaderamente democrático. Luego de la fallida experiencia del gobierno de la Unidad Popular en Chile, a comienzos de los años setenta, se esperaba que en este país centroamericano pudiera cimentarse un modelo de sociedad alternativa. También la Revolución Sandinista despertó una nueva oleada de movimientos revolucionarios armados, fundamentalmente en El Salvador y Guatemala.

El eco de las revoluciones de Cuba y Nicaragua también se hizo sentir en una extraordinaria renovación de la cultura y las ciencias sociales latinoamericanas. Prueba de esto fueron el *boom* registrado por la novela latinoamericana representada en novelistas como Gabriel García Márquez, Carlos Fuentes, Julio Cortázar, Mario Benedetti y Mario Vargas Llosa, entre otros; publicaciones en que se recreaba la nueva realidad latinoamericana. La popularidad alcanzada por las novedosas canciones, con letras y ritmos que expresaban la más auténtica identidad de todo un continente estremecido por las luchas revolucionarias —la nueva trova cubana, la salsa de Rubén Blades y Willy Colón por ejemplo-, junto a una completa renovación de la cinematografía plasmada en películas como las del llamado nuevo cine latinoamericano. Las revoluciones populares de México, Cuba y Nicaragua, sin duda las más trascendentes del siglo XX en América Latina, al destruir el Estado y el ejército de los opresores, renovaron todo el orden establecido, consiguieron conquistas duraderas para sus respectivos pueblos y dieron lugar al imaginario de justicia, libertad e igualdad que desde entonces nutre las esperanzas y las aspiraciones de varias generaciones sucesivas de latinoamericanos.

## Notas y Citas

- (1) Este artículo recoge las principales conclusiones del libro *“Las Revoluciones Latinoamericanas del siglo XX”* (2006) publicado por el autor, en asocio con Sergio Guerra Vilaboy y Alejo Maldonado”; por tanto, no se colocan las referencias para no repetir las fuentes y no cansar al lector con tantas citas, por ello, se recomienda ver en libro en cuestión.

## Bibliografía

- ALPEROVICH, M.S y RUDENKO (1978) *La Revolución mexicana de 1910- 1917 y la política de los Estados Unidos*, Ediciones de Cultura Popular, México.
- ARBOLEYA, Jesús (1997) *La Contrarrevolución cubana*, Ciencias Sociales, La Habana.
- ARREOLA C., Raúl (1995) *Lázaro Cárdenas. Un revolucionario mexicano*, Universidad de Michoacán, México.
- BOSWELL, Terry (ed) (1989) *Revolution in the World System*, Greenwood Press, USA.
- BRADING, David, (Comp) (1991) *Caudillos y campesinos en la Revolución Mexicana*, Fondo de Cultura Económica, México.

- CARR, Barry (1981) *El Movimiento Obrero y la Política en México*, Ediciones Era, México.
- CLOSE, David (1988) *Nicaragua: Politics, economics and Society*, New York Printer Publishers Limited, USA.
- CHEVALIER, Françoise (1960) *Un factor Decisivo en la revolución agraria en México: el levantamiento de Zapata (1911-1917)*, Cuadernos Americanos, Editorial Cultura, No 6, México.
- FURIATI, Claudia (2003) *Fidel Castro. La Historia me absolverá*, Plaza & Janés, Barcelona.
- DULLES, John (1993) *Ayer en México. Una crónica de la Revolución (1919-1936)*, Fondo de Cultura Económica, México.
- GILLY, Adolfo (1971) *La Revolución Interrumpida, 1910-1920: una guerra campesina por la tierra y el poder*, Ediciones EL caballito, México.
- GUERRA VILABOY, Sergio, GONZÁLEZ ARANA, Roberto y MALDONADO, Alejo (2006) *Revoluciones latinoamericanas del siglo XX*, Universidad Michoacana, México.
- HARRIS, Richard y VILAS, CARLOS M (Comps) (1985) *La Revolución en Nicaragua: Liberación Nacional, Democracia Popular y Transformación económica*, Editorial Era.
- KRAUZE, Enrique (1987) *Porfirio Díaz, místico de la autoridad*, Biografías del poder No 1, Fondo de Cultura económica, México.
- MARTÍ I PUIG, Salvador (1997) *La Revolución enredada. Nicaragua 1977-1996*, Fuencarral. Madrid.
- SEMO, Enrique (1982) *Historia Mexicana. Economía y lucha de clases*, Ediciones Era, México.